

al frente de aquel ilustre y distinguido cuerpo, le llamó á España, diciéndole que conservase el vireinato hasta el instante de embarcarse en Veracruz.

Don Luis de Velasco, honrado así por el monarca, salió de Méjico el mes de Junio de 1611. La poblacion entera sintió su marcha, y los indios le vieron ausentarse con tristeza. Su gobierno fué verdaderamente paternal, y todo prosperó á su sombra.

Pocos dias despues de haber salido de la capital, se hizo á la vela para España.

CAPÍTULO VIII

Duodécimo virey, Fray García Guerra. — Terrible terremoto. — El virey da un informe al rey relativo al desagüe de Huehuetoca. — Muerte del virey. — Entra á ejercer el mando el oidor decano D. Pedro de Otálora. — Conspiracion de los negros. — Se descubre y son ahorcados varios. — Llega á Méjico el nuevo virey D. Diego Fernandez de Córdoba, marqués de Guadalcazar. — Fundacion de la ciudad de Lerma. — Opinion del ingeniero Adrian Boot, respecto de la obra del desagüe. — Sublevacion de los indios tepehuanes. — Matan á los sacerdotes y á todos los individuos que no eran indios. — Sale fuerza á batirlos, los derrota, ahorca á los cabecillas y vuelven los sublevados á la obediencia. — Se continúa la obra del desagüe. — Fundacion de la villa de Córdoba. — Fuerte terremoto. — Se termina el acueducto de Chapultepec á Méjico. — Algo sobre la obra de ese acueducto y costo que tuvo. — Décimo cuarto virey, D. Diego Carrillo de Mendoza y Pimentel, marqués de Gelves y conde de Priego. — Medidas que el nuevo virey dicta contra los salteadores. — Manda que cese la obra de Huehuetoca, creyéndola inútil. — Prueba que hace para ver si era cierto el peligro de las inundaciones. — Cuestion entre el arzobispo y el virey con respecto á jurisdiccion. — El virey destierra al arzobispo. — Motin del pueblo contra el virey por este motivo. — Se refugia el virey á San Francisco. — Entra á gobernar la Audiencia. — Llega el principe de Nassau al puerto de Acapulco con una escuadra holandesa.

Desde 19 de Junio de 1611, hasta 1621 inclusive

A empuñar las riendas del gobierno de la Nueva España entró el arzobispo de Méjico Fray García Guerra,

varon de notable virtud y ciencia. El monarca Felipe III, conociendo su capacidad, su rectitud y sus sentimientos humanitarios, le envió el nombramiento de virey.

El arzobispo tomó posesion de su nuevo y distinguido empleo el 19 de Junio de 1611. Poco tiempo despues, en uno de los dias del mes de Agosto del mismo año, un fuerte terremoto echó por tierra varios edificios de la capital, y causó terribles daños en las poblaciones inmediatas. El arzobispo virey se ocupó en reparar los males que habia causado en los establecimientos públicos, y pronto vió conseguido su objeto.

Deseando el monarca Felipe III tener informes respecto de la obra emprendida en el desagüe de Huehuetoca, escribió al virey Fray García Guerra, diciéndole que le hiciese saber «lo que se llevaba gastado en la obra, si habia esperanza de que con ella quedase la ciudad á salvo de inundaciones, y á cuánto subiria el gasto hasta concluirla».

1612. El arzobispo virey, para satisfacer los justos deseos del monarca, consultó con las personas que poseian vastos conocimientos en la materia. Oido el parecer de ellas, contestó al soberano que, Ildefonso Arias, célebre matemático, y otros individuos muy instruidos en la hidrogogía, opinaban que el desagüe no libertaria á Méjico de las inundaciones ni podria tampoco conservarse, por la razon de que el canal subterráneo por donde corria el agua del rio de Cuautitlan no tenia ni la profundidad ni la longitud que eran precisas, pues la primera debia tener cuarenta varas, y la segunda setenta mil. De acuerdo con el parecer de las personas consultadas por el virey,

estaba el informe del Ayuntamiento. En él se añadia que la causa del yerro cometido era no haber seguido el primer plan trazado por el padre Juan Sanchez, y que el gasto de la obra subia, hasta aquella fecha, á cuatrocientos trece mil trescientos veinticuatro duros, por haber trabajado en la obra un millon ciento veinte mil seiscientos cincuenta peones. El director del desagüe, Enrique Martinez, al saber que se enviaban al monarca los informes referidos, se apresuró á escribir á la corte dando los descargos que creyó justos.

Cuando el arzobispo virey se ocupaba del asunto referente al desagüe, le sobrevino una desgracia que le costó la vida. Al subir á su carruaje, cayó, lastimándose una costilla. El golpe le produjo un tumor en ella, y siendo hombre ya de avanzada edad, no pudo resistir á la operacion que fué preciso hacerle. Su muerte acaeció el 22 de Febrero de 1612. En los ocho meses que gobernó, dictó providencias que le conquistaron el aprecio de la poblacion, y su fallecimiento causó un sentimiento general en la Nueva España. El mayor elogio que de él puede hacerse, dice el padre Cavo, «es que nadie se quejó de su gobierno». Sus funerales se hicieron con pompa extraordinaria, por haberse reunido en él los cargos de arzobispo y de virey.

Por muerte de Fray García Guerra, entró á gobernar el oidor decano de la Audiencia D. Pedro de Otálora.

No bien habia tomado el timon del Estado el nuevo gobernante, cuando volvió á circular la alarmante noticia de que los negros intentaban sublevarse para apoderarse del país. La sociedad se alarmó con la funesta nueva, y

la autoridad tomó todas las precauciones necesarias para precaver el peligro. El número de negros era crecido desde el tiempo del virey D. Antonio de Mendoza. La falta de servicios de los indios habia hecho llevar gran número de africanos para el trabajo de las minas, que fué aumentándose progresivamente. Dos veces, en tiempo del primer virey, habian intentado sublevarse, y para evitar nuevas sublevaciones de ellos, hizo ordenanzas convenientes. Transcurridos algunos años, mucha parte de esos negros habian recobrado su libertad, y los que aun no la alcanzaban, tenian la facilidad de cargar armas, por las licencias que la autoridad daba de que las llevasen con españoles.

Segun los rumores que circulaban, la rebelion debia estallar el jueves de la Semana Santa de aquel año. La Audiencia trabajó con actividad por descubrir si eran ciertos los rumores, y descubierta por casualidad la conspiracion, fueron ahorcados veinticuatro hombres negros y cuatro negras. Las cabezas de los ajusticiados fueron colocadas en escarpas, permaneciendo en ellas por mucho tiempo, en el mismo sitio en que se habia verificado la ejecucion.

Libre la sociedad de todo temor de sublevacion, volvió á ocuparse de sus negocios, y la Audiencia se entregó á los asuntos de gobierno, procurando cumplir con los deberes que corresponden á la autoridad.

Décimotercero En ese tiempo llegó á Veracruz D. Diego virey
Diego Fernandez de Córdoba, marqués de Guadalcázar, para regir los destinos de la Nueva España.

El nuevo y décimotercero virey hizo su entrada en Méjico el 28 de Octubre de 1612, acompañado de su esposa D.^a María Rieder.

1613. Su primera atencion la alcanzó la obra del desagüe, que era de suma importancia para Méjico. Al mismo tiempo se fundó al Oeste-sudeste de la capital la ciudad de Lerma, que tomó este nombre por el título del conde de Lerma, gran privado de Felipe III.

1614. Cuando con mas empeño se ocupaba el nuevo virey de los trabajos del desagüe, llegó á Méjico el ingeniero francés Adrian Boot, enviado por el monarca para reconocer la obra emprendida en Huehuetoca. Los informes enviados por el arzobispo virey Fray García Guerra y por el Ayuntamiento, habian llenado de pena el corazon del soberano, al leer que, por impericia del que habia ocupado el lugar del padre Juan Sanchez en la direccion de la obra, era inútil todo lo que se habia hecho, quedando la ciudad expuesta á los mismos peligros de inundacion. Lleno de afan por el bien de la poblacion y de los intereses de todos los vecinos, mandó que los papeles pasasen al Consejo de Indias, para que se consultase con las personas mas notables en la hidrogogía. De esta consulta nació el que se enviase al célebre francés Adrian Boot, con facultades ilimitadas para que reconociera las obras emprendidas y observase las lagunas. Al siguiente dia de haber llegado á la capital de la Nueva España, Adrian Boot, acompañado de uno de los oidores, visitó las lagunas del valle de Méjico, y en seguida pasó á Huehuetoca para observar la obra del desagüe. Despues de un exámen detenido y de cálculos profundos,

opinó que, con efecto, la obra no era suficiente para desaguar las lagunas de Zumpango y Citlaltepec, que al salir de madre iban á desembocar en la laguna de Méjico. En su concepto la obra emprendida solo podria servir para que el rio de Cuautitlan no entrase en aquellas lagunas, aumentando el caudal de sus aguas. Al escuchar la respetable opinion del sabio Adrian Boot, se mandó suspender la obra que se habia empezado con el mas extraordinario afan, y el comisionado francés, despues de formar un plano de todo el valle de Méjico, volvió á España para dar cuenta al rey de sus observaciones.

1615. El marqués de Guadalcázar, en su noble afan por salvar á la ciudad de las inundaciones de que estaba amenazada en cada estacion de lluvias, proyectaba nuevos medios que diesen por resultado el cumplimiento de su deseo; pero viendo que ninguno llenaba el objeto, segun el parecer de los peritos, resolvió continuar la obra de Huehuetoca. La opinion de Adrian Boot era que el desagüe servia para impedir que el rio de Cuautitlan y otros torrentes entraran en las lagunas de Zumpango y Citlaltepec; y esto siempre era un bien, puesto que los lagos tendrian esa causa menos para desbordarse. El virey y el Ayuntamiento, de acuerdo en esta idea, convinieron en la utilidad de continuar la obra, y llamaron otra vez al ingeniero Martinez para que les dijese el costo que podria tener hasta su conclusion. Martinez respondió que quedaria terminada con ciento diez mil duros. No queriendo el virey ni el Ayuntamiento dar paso en aquel negocio sin permiso del monarca, escribió el primero á la corte dándole cuenta de lo que se habia deter-

minado hacer, en caso de que fuese de su real agrado.

La obra, entretanto, quedó abandonada con sentimiento general de la poblacion, que temia nuevas inundaciones.

1616. La solicitud hecha por el virey y el Ayuntamiento llegó en breve tiempo á la corte de España. El monarca, despues de consultar con el Consejo, envió su aprobacion en despacho de 3 de Abril, y en el instante que fué recibida, se dió orden al ingeniero Martinez para que continuase el desagüe, advirtiéndole que estaba obligado á terminar la obra con los ciento diez mil duros en que la habia presupuestado.

Mientras el virey se ocupaba de llevar á cabo esa y otras obras de notable importancia, se verificó un alzamiento en una de las provincias lejanas á la capital, y que llevaba pocos años de haberse agregado á la corona de España. Los sublevados eran los indios tepehuanes que habitaban en la Nueva Vizcaya, que lindaban al Norte con la nacion de los taramaques, al Sur con la de Chiametlan y la costa del golfo de California; al Este con las tribus vecinas á la laguna de San Pedro, y al Oeste con la sierra madre de Tapia que la divide de Sinaloa. A los tepehuanes se unieron otras naciones vecinas y guerreras que tambien llevaban poco tiempo de hallarse gobernadas por los vireyes españoles. Los preceptos de la religion del Crucificado que se oponian á los deleites sensuales á que estaban acostumbrados, se les hacia muy penoso observarlos. Sus pasiones carnales se rebelaban contra el precepto de tener una sola mujer, cuando hasta entonces habian vivido en la poligamia, teniendo cuantas les era posible. Los caciques, viendo que no podian tener esclavos

vos como hasta entonces ni llevar á sus serrallos las hermosas jóvenes que apetecían, y que el poder absoluto que habían ejercido se veía coartado, resolvieron arrojar á los españoles que se habían establecido en la provincia, y asesinar á los sacerdotes católicos, que se esforzaban en apartarles de sus dioses y de los gozes que formaban sus delicias. La sangrienta determinacion se habia tomado á consecuencia de los consejos dados al pueblo indígena y sus caciques por uno de sus mas venerados hechiceros. El falso profeta, que se reputaba hijo del sol y dios del cielo y de la tierra, manifestó que era un deber sagrado acabar con los misioneros cristianos que trataban de introducir doctrinas que rechazaban los dioses que hasta entonces habían velado por el bien de los nativos de la provincia. Para excitar los ánimos de la multitud á la rebelion, hizo que otros subalternos suyos que ejercían la hechicería, recorriesen diversos pueblos, preparando los ánimos á la lucha. La conspiracion se hizo con el mayor secreto, sin que los españoles llegasen á tener ni la mas leve sospecha. Los hechiceros habían recomendado el silencio como un deber religioso, encargado por sus divinidades protectoras para el plan propuesto, y nadie, por lo mismo, se atrevió á pronunciar la menor palabra delante de los sacerdotes católicos ni de los españoles. El dia señalado para caer sobre los hombres blancos y sus descendientes y asesinarlos, fué el 21 de Noviembre. Una circunstancia les hizo que adelantasen la sublevacion al 16 del mismo mes. Había llegado en ese dia al pueblo de Santa Catarina, un carro de mercancías que se enviaba á uno de los presidios situados en la frontera. Los indios,

después de apoderarse del cargamento, dieron el grito de rebelion, y derramándose por las estancias y los pueblos, empezaron la matanza. Las primeras víctimas fueron doscientos españoles y mestizos, á quienes asesinaron inhumanamente, cebándose en su sangre (1). En Guatimané lograron algunos salvarse de la horrible carnicería, huyendo por entre barrancas, y en Santiago se refugiaron en la iglesia cien personas de todos sexos y edades, para evitar el horrible fin de los que habían sufrido la muerte. Pronto se vieron cercados de los furiosos indios. Allí se defendieron por dos dias consecutivos, logrando apagar el fuego que los sitiadores aplicaron á las puertas para penetrar en el templo. Los indígenas les ofrecieron entonces respetar sus vidas, si se rendían. Con esta garantía se entregaron sin recelo; pero los indios, sin cuidarse de la palabra dada, los asesinaron á todos, sin perdonar ni á niños ni á mujeres. Entre las víctimas que perecieron á manos de los iracundos indígenas, se hallaban los padres Fray Pedro Gutierrez, franciscano, Fray Sebastian, dominico, y cinco misioneros jesuitas llamados Fernando Tovar de Culiacán, de la ilustre casa de los duques de Lerma, el noble oajaqueño Luis Alavés, Diego Osorio, distinguido español, Juan del Valle y Bernardo Cisneros. Igual desgraciado fin tuvieron los padres Gerónimo Moranta y Juan de la Fuente que habían ido al pueblo de Santa Catarina para asistir á una fiesta religiosa.

Al tener noticia el virey, marqués de Guadalcázar, de aquellos desagradables sucesos, dió orden al gobernador

(1) Mestizo se llamaba al hijo de español y de india.

de Durango D. Gaspar de Alvear, de que levantase gente y marchase á sofocar la rebelion. El gobernador emprendió la campaña con feliz éxito, haciendo prisionero á un indio principal que le hizo revelaciones importantes poco antes de ser ahorcado. Despues de haber sorprendido á los tepehuanes en Tenexapa y otros pueblos causándoles considerables bajas, volvió á Durango, donde encontró los primeros refuerzos que le enviaba el gobernador de Zacatecas. Contando entonces con la gente necesaria para internarse por las provincias sublevadas, derrotó á los indios en diversos encuentros, les quitó el ganado de que estaban apoderados, destruyó los pueblos que oponian resistencia, y ahorcó á los cabecillas indios que caian en poder de sus soldados. Despues de tres meses de campaña, los tepehuanes, viéndose perseguidos y debilitados, escucharon las proposiciones de paz que se les hizo por medio de los padres jesuitas. Los indios depusieron las armas, prometiendo fidelidad al monarca de Castilla, y la rebelion terminó en toda la provincia. Restablecida así la paz, se dió sepultura eclesiástica á los cadáveres de los españoles que aun estaban insepultos.

1617. Entretanto los demás pueblos de la Nueva España, gozando de completa paz y de orden, habian seguido prosperando. En el desagüe de Huehuetoca se habia desplegado una actividad extraordinaria, y con el mismo empeño se trabajó en la construccion de la sólida arquería que conducia el agua á la ciudad.

El virey tomó en ese tiempo posesion del colegio de San Pedro y San Pablo, pues se habian allanado las dificultades que habian nacido de entrar el monarca en el

patronato de él. Desde ese momento se llamó colegio de San Ildefonso, conforme á mandamiento enviado por Felipe III. La administracion quedó á cargo de los padres jesuitas, y para que aumentara el número de alumnos, se agregaron las rentas del antiguo colegio de San Bernardo. El virey puso en conocimiento de los colegiales, para estimularlos al estudio, que en lo sucesivo gozarian de las preeminencias de los de San Martin de Lima, atendiéndoles no solo en las oposiciones á las cátedras de las universidades, sino tambien en la distribucion de empleos.

1618. Las letras, entretanto, habian hecho notables adelantos en la Nueva España. Hombres verdaderamente sabios, de quienes haré mencion al trazar las últimas páginas relativas al siglo xvii, brillaban por sus vastos conocimientos en las ciencias, y por su buen gusto y viva imaginacion en la bella literatura.

No prosperaba menos el país en el crecimiento de sus poblaciones. Nuevas villas y ciudades se levantaban en cada punto donde se descubria una mina, y aquellos sitios antes improductivos y desiertos, brotaban la riqueza y se veian cultivados por millares de brazos vigorosos. Una de las villas de bastante importancia que se fundaron ese año de 1618, fué la de Córdoba, á quien el virey dió así el nombre que él llevaba de apellido; villa pintoresca y graciosamente situada, que se ha hecho célebre por su excelente tabaco.

En los instantes mismos que se levantaba la nueva y pintoresca poblacion, un horrible incendio reducía á cenizas varios edificios de la ciudad de Veracruz, sembrando la consternacion en la poblacion entera.

El incendio empezó por el cuartel, y extendiéndose rápidamente por otras partes, hizo grandes estragos, contándose entre los edificios devorados por las llamas, el templo y colegio de los padres de la Compañía de Jesús.

1619. A esta calamidad, que llenó de duelo á los habitantes de la ciudad de Veracruz y de sus alrededores, siguió otra producida por un horrible terremoto que se sintió en toda la Nueva España. El temblor de tierra se dejó sentir á las once y media del día del 13 de Febrero de 1619, en una extension de quinientas leguas de Sur á Norte, y por mas de setenta del Este al Oeste. Su duracion, aunque no fué larga, causó considerables daños y tuvo en consternacion á los pueblos. A sus fuertes sacudimientos cayeron á tierra muchos edificios, se abrieron sierras formando profundas barrancas, rodaron enormes rocas de las montañas, y muchos pueblos de indios quedaron sin chozas. El virey auxilió en cuanto le fué posible á la clase indígena, que era la mas necesitada y humilde.

1620. Por fortuna de los habitantes de la capital, los arcos del grandioso acueducto que se construía desde Chapultepec á Méjico, nada sufrieron en el fuerte terremoto, y en los primeros meses del año de 1620, la obra quedó terminada. El magnífico acueducto constaba de novecientos arcos de ocho varas de largo cada uno y seis de altura, y de una y tres cuartas de espesor. Su costo ascendió á ciento cincuenta mil duros. El agua que marcha por esa sólida arquería, tiene su nacimiento en Santa Fé, punto distante dos leguas de la capital; marcha al bosque de Chapultepec por una ancha atarjea, y desde ahí, que es donde empiezan los arcos, entra por la

calle de Tacuba, proveyendo á media ciudad, pues la otra mitad quedaba perfectamente abastecida por el agua que nace en el mismo bosque de Chapultepec y que entra por el Salto del Agua.

Al mismo tiempo que se embellecía Méjico con esas obras de utilidad y de ornato, se descubrieron al Noroeste de Méjico ricas minas de plata, que dieron mayor vida al comercio y á la agricultura. A la mas abundante en metales de esas nuevas minas se le puso el nombre de Guadalcázar, en honor del virey que gobernaba la Nueva España.

1621. Ocho años llevaba el marqués de Guadalcázar de haber empuñado las riendas del gobierno, cuando á principios del año 1621 fué nombrado virey del Perú. Su administracion en la Nueva España habia sido justa; el país recibió mejoras importantes, y el comercio, las letras y la agricultura habian marchado en escala ascendente. Obedeciendo las órdenes del monarca, dispuso su viaje, y el 14 de Marzo de 1621 salió de Méjico, dejando en el país gratos recuerdos de su acertado gobierno. En el puerto de Acapulco fué recibido con extraordinarias muestras de aprecio, y pocos dias despues se hizo á la vela con direccion al Perú, para hacerse cargo del vireinato.

A regir los destinos de la Nueva España entró interinamente la Audiencia. Poco despues de haberse hecho cargo del poder, recibió una real cédula de Felipe IV en que le participaba, así como al Ayuntamiento, la muerte de Felipe III, acaecida en Madrid el 31 de Marzo de 1621, y ordenaba que se publicasen los lutos y se le pro-